

# REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

SEMENARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

DIRECTOR: J. MARTÍ FOLGUERA

| PUNTOS DE SUSCRICIÓN   | PRECIO DE SUSCRICIÓN   | NOTA IMPORTANTE  |
|--|--|--|
| En Reus, Sociedad CENTRO DE LECTURA, calle de Valloquetas, é imprenta y librería de Torroja y Tarrats, sucesores de Narciso Roca, calle Mayor. | En Reus, trimestre. . . . . Ptas. 2'00<br>Fuera de Reus, España. . . . . " 2'50<br>Números sueltos. . . . . " 0'25 | Para cuanto se refiera á este periódico dirigirse al Director del mismo en la Sociedad CENTRO DE LECTURA, calle de Valloquetas, número 16, Reus. |

## SUMARIO

Certamen del Centro de Lectura.—Centro de Lectura.—La pereza, por Gustavo A. Becquer.—Los dos humos, por Tomas Camacho.—Harald Harfagar, (poesía), por Alfredo Opisso.—Recuerdos de la infancia y de la juventud, por Ernesto Renan.—Rosas, (poesía), por J. M. F.—Miscelánea.

## CERTAMEN DEL CENTRO DE LECTURA

EL Presidente del Jurado Musical, nombrado para calificar el mérito de las composiciones presentadas en ese CENTRO para aspirar al premio ofrecido, tiene el disgusto de verse obligado á manifestar á esa Junta de Gobierno, que si bien entre dichas composiciones hay alguna que sobrepasa de las demás, ninguna de ellas tiene las condiciones suficientes, ya por lo que se refiere á la interpretación musical del asunto propuesto, ya por lo que se refiere así mismo al carácter y mérito artístico de las composiciones. En virtud pues de lo manifestado y en contra los deseos de todos los individuos que lo componen, este Jurado se vé en el imprescindible deber de declarar desierto el premio ofrecido, consignando no obstante con gusto, que entre las composiciones examinadas hay algunas que revelan la buena disposición de sus autores para el arte musical, lo que algún día puede serles de suma utilidad en su difícil profesión.

Dios guarde á V. muchos años.

*El presidente del Jurado,*  
José M. Sirvent.

## CENTRO DE LECTURA

SE pone en conocimiento de los señores socios que el domingo próximo día 27 por las secciones dramática y coral de este CENTRO se dará en el

Teatro Principal una escogida y variada función. Queda abierto el despacho de localidades en la conserjería de esta sociedad.

Lo que se anuncia para satisfacción de los Sres. socios.

Reus 24 de Abril de 1884.

P. A. de la J. de G.  
*El Secretario,*  
C. Casas.

## LA PEREZA

LA pereza dicen que es don de los inmortales: Len efecto, en esa serena y olímpica quietud de los perezosos de pura raza hay algo que les dá cierta semejanza con los dioses.

El trabajo aseguran que santifica al hombre: de aquí sin duda el adagio popular que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando.» Yo tengo, no obstante, mis ideas particulares sobre este punto. Creo, en efecto, que se puede recitar una jaculatoria, mientras se hechan los bofes golpeando un yunque; pero la verdadera oración, esa oración sin palabras que nos pone en contacto con el Ser Supremo, por medio de la idea mística, no puede existir sin tener á la pereza por base.

La pereza, pues, no sólo ennoblece al hombre porqué le dá cierta semejanza con los privilegiados seres que gozan de la inmortalidad, sino que, después de tanto como contra ella se declama, es seguramente uno de los mejores caminos para irse al cielo.

La pereza es una deidad á que rinden culto infinitos adoradores; pero su religión es una religión silenciosa y práctica: sus sacerdotes la predicán con el ejemplo; la naturaleza misma en sus días de sol y suave temperatura contribuye á

propagarla y extenderla con una persuasión irresistible.

Es cosa sabida que la bienaventuranza de los justos es una felicidad inmensa, que no acertamos á comprender ni á definir de una manera satisfactoria. La inteligencia del hombre, embotada por su contacto con la materia, no concibe lo puramente espiritual, y esto ha sido causa de que cada uno se represente el cielo, no tal como es, sino tal como quisiera que fuese.

Yo lo sueño con la quietud absoluta, como primer elemento de goce: el vacío al rededor, el alma despojada de dos de sus tres facultades, la voluntad y la memoria, y el entendimiento, esto es, el espíritu reconcentrado en sí mismo, gozando en contemplarse y en sentirse.

Esta es la razón por qué no estoy conforme con el poeta que ha dicho:

*¡Heureux les morts, éternels paresseux!*

Esa pereza eterna del cadáver, cómodamente tendido sobre la tierra blanda y removida de la sepultura, no me disgusta del todo; sería tal vez mi bello ideal, si en la muerte pudiera tener la conciencia de mi reposo. ¿Será que el alma desasida de la materia vendrá á cernirse sobre la tumba, gozándose en la tranquilidad del cuerpo que la ha alojado en el mundo?

Si fuera así, decididamente me hacía partidario del tan repetido y manoseado «reposo de la tumba,» tema favorito de los poetas elegiacos y llorones, y aspiración constante de las almas superiores y no comprendidas. Pero... ¡la muerte! «¿Quién sabe lo que hay detrás de la muerte?»—Pregunta Hamlet en su famoso monólogo, sin que nadie le haya contestado todavía. Volvamos, pues, á la pereza de la vida, que es lo más positivo.

La mejor prueba de que la pereza es una aspiración instintiva del hombre, y uno de sus mayores bienes, es que tal como está organizado este pícaro mundo, no puede practicarse, ó al menos su práctica es tan peligrosa, que siempre ofrece por perspectiva el hospital. Y que el mundo tal como le conocemos hoy, es la antítesis completa del paraíso de nuestros primeros padres, también es cosa que por lo evidente no necesita demostración. Sin embargo, el cielo, la luz, el aire, los bosques, los ríos, las flores, las montañas, la creación, en fin, todo nos dice que subsiste la pereza. ¿Dónde está la variación? El hombre ha comido la fruta prohibida; ha deseado saber: ya no tiene derecho á ser perezoso.

—¡Trabaja, muévete, agítate para comer! Esto es tan horrible, como si nos dijeran:—¡Dá á esa bomba, suda, afánate para coger el aire que has de respirar!

¡Cuántas veces, pensando en el bien perdido

por la falta de nuestros primeros padres, he dicho en el fondo de mi alma, parodiando á Don Quijote en su célebre discurso sobre la edad de oro:— ¡Dichosa edad, y dichosos tiempos aquellos en que el hombre no conocía el tiempo, porque no conocía la muerte, é inmóvil y tranquilo gozaba de la voluptuosidad de la pereza en todo la plenitud de sus facultades!—Caimos del trono en que Dios nos había sentado; ya no somos los señores de la creación, sino una parte de ella, una rueda de la gran máquina, más ó ménos importante, pero rueda al fin, condenada por lo tanto á voltear y á engranarnos con otras, gimiendo y rechinando, y queriéndonos resistir contra nuestro inexorable destino. Algunas veces la pereza, esa deidad celeste, primera amiga del hombre feliz, pasa á nuestro lado y nos envuelve en la suave atmósfera de languidez que la rodea, y se sienta con nosotros y nos habla ese idioma divino de la transmisión de las ideas por el fluido, en el que no se necesita ni aún tomarse el trabajo de remover los labios para articular palabras. Yo la he visto muchas veces flotar sobre mí, y arrancarme al mundo de la actividad, en que tan mal me encuentro. Mas su paso por la tierra es siempre ligerísimo; nos trae el perfume de la bienaventuranza, para hacernos sentir mejor su ausencia. ¡Qué casta, qué llena de dulce pudor es siempre la pereza del hombre!

Ved la actividad, corriendo por el mundo, como una bacante desmelenada, dando una forma material y grosera á sus ideas y sus ensueños; ved el mercado público cotizándolos, vendiéndolos á precio de oro. Santas ilusiones, sensaciones purísimas, fantasías locas, ideas extrañas, todos los misterios hijos del espíritu, son, apenas nacen, cogidos por la materia, su estúpido consocio, y expuestas desnudas, temblorosas y avergonzadas á los ojos de la multitud ignorante.

Yo quisiera pensar para mí, y gozar con mis alegrías, y llorar con mis dolores, adormido en los brazos de la pereza, y no tener necesidad de divertir á nadie con la relación de mis pensamientos y mis sensaciones más secretas y escondidas.

Vamos de una eternidad de reposo pasado á otra eternidad futura por un punto, que no otra cosa es la vida: ¡á qué agitarnos en él con la ilusión de que hacemos algo agitándonos!

Yo he visto con el microscopio una gota de agua, y en ella esos insectos apenas perceptibles, cuya existencia es tan breve, que en una hora viven cinco ó seis generaciones, y he dicho, al mirarlos moverse:—¿Si creará ese bichejo que hace alguna cosa?—Para afanarnos en el mundo, sería menester que nos pusiesen una montera que nos tapara el cielo, de modo que la comparación con

su inmensidad no hiciera tan sensible nuestra pequeñez. Yo quiero ser consecuente con mi pasado y mi futuro probables, y atravesar ese puente de la vida, echado sobre dos eternidades, lo mas tranquilamente posible. Yo quiero... pero quiero tantas cosas, que solo con enumerarlas podría hacer un artículo largo como de aquí á mañana, y no es este seguramente mi propósito.

Aun me acuerdo que en una ocasión, sentado en una eminencia, desde la que se dilataba ante mis ojos un inmenso y reposado horizonte, llena mi alma de una voluptuosidad tranquila y suave, inmóvil como las rocas que se alzaban á mi alrededor, y de las cuales creía yo ser una, una que pensaba y sentía, como yo creo que sentirán y acaso pensarán todas las cosas de la tierra, comprendí de tal modo el placer de la quietud y la inmovilidad perpétua, la suprema pereza tal y tan acabada como la soñamos los perezosos, que resolví escribirle una oda y cantar sus placeres, desconocidos por la inquieta multitud.

Ya estaba decidido; pero al ir á moverme para hacerlo, pensé, y pensé muy bien, que el mejor himno á la pereza es el que no se ha escrito ni se escribirá nunca. El hombre capaz de intentarlo se pondría en contradicción con sus ideas. Y no lo escribí. En este instante me acuerdo de lo que pensé ese día: pensaba extenderme en elogio de la pereza, á fin de hacer prosélitos para su religión. ¿Pero cómo he de convencer con la palabra, si la desvirtuo con el ejemplo? ¿Cómo ensalzar la pereza trabajando? Imposible.

La mejor prueba de mi firmeza en las creencias que profeso, es poner aquí punto y acostarme. ¡Lástima que no escriba esto sentado ya en la cama! ¡No tendría más que recostar la cabeza, abrir la mano y dejar caer la pluma!

GUSTAVO A. BECQUER.

## LOS DOS HUMOS

### I

MA allá de la línea de frondosos árboles que, desde la margen derecha de un caudaloso río, se extienden en correctas y larguísimas hileras semejan de noche un ejército de gigantes-cos fantasmas, dos rails de acero paralelos entre sí, serpentean por el valle y van á esconderse en la oscura boca del túnel que atraviesa por su base una altísima montaña. Sobre aquellos rails se ve, á ciertas horas del día y de la noche, ya deslizándose derecho, ya torciendo su cuerpo con magestuosa actitud, un monstruo de hierro cuyos resoplidos aterran, cuyos gritos aturden. Despide por su boca espeso y negro humo que por un instante

permanece fluctuando en el espacio; que luego se extiende y divide en pequeños fragmentos; y que por último desaparece. Ese monstruo es el tren; el incansable caballo de la moderna civilización.

Y muy cerca de las largas hileras de árboles, casi tocando á la vía férrea, hay una blanca casita de cuya chimenea, algo deteriorada por la mano del tiempo, sale un humo azulado que cubre las tejas y que tarda mucho tiempo en desaparecer, cual si le costase trabajo el separarse de aquel sitio.

Y ved ahí como esos dos humos que muchas veces se juntan, se confunden y se besan, representan á la perfección dos sentimientos del alma bien distintos. La ambición el uno; la tranquilidad el otro.

¡La ambición!... En verdad que jamás pudo estar tan bien retratada. El vaho del agua hirviente, se agita en las entrañas de la locomotora, como los deseos se agitan en la mente del hombre. La caldera y los tubos de aquella no pueden contener tanto vapor y lo van despidiendo... Luego se deshace. A las ilusiones del hombre les sucede lo mismo.

Pero ¿qué importa? Mientras que en la caldera haya fuego, el humo no se concluirá; irá formándose á medida que la chimenea de la máquina vaya despidiendo el que esta contenga. Mientras en el cuerpo del hombre haya vida, tampoco se le concluirán las ilusiones. La locomotora sigue con rapidez su camino; el hombre también. Aquella hace su parada en una estación; esta la hace en un cementerio...

¡Un cementerio! ¡La estación donde se cambia de via para el otro mundo!

### II

Hablaba del tren y me olvidaba de la casita blanca y de su chimenea que despide humo azulado.

¡Cuánta tranquilidad hay en ella y en sus alrededores! El río la presta su frescura; los árboles su sombra: miles de pajarillos su cántico armonioso y la vasta extension de terreno que desde allí se domina, panoramas hermosísimos, cuadros de tierra parduzca, de verde musgo y de flores azules, blancas y encarnadas.

Yo me encontraba allí cierto día cuando el sol se acercaba á la mitad de su carrera, gozando de esa dulce calma de espíritu que se siente pero que no se puede explicar. Mi vista vagaba indecisa de un lado á otro contemplando todos los objetos sin fijarse largo rato en ninguno de ellos. De pronto oí un silbido prolongado y ví aparecer á corto trecho la locomotora con su ondulante caballera de negro humo. Pasó á mi lado rapidísima y se